



Perteneciente a una generación intermedia (nació en 1917) que la sitúa como ocho años menor que Juan Carlos Onetti y mayor en sólo tres respecto de Mario Benedetti, sin haber alcanzado la amplia fama de narrador maestro que (con justicia e indiferencia) gana el primero ni la popularidad y el éxito inmediato que reiteradamente disfruta el segundo, el uruguayo Carlos Martínez Moreno ha ido afirmando su propia obra narrativa, su propia visión, su propio estilo, posada pero seguramente. Aunque publicó sus primeros cuentos en las revistas en las que también publicaban los de su edad, se inició tarde en la vida de los libros. Hasta 1981 (es decir, hasta los 64 años) sólo costaba con dos delgadas colecciones de relatos: *Cordelia* y *Los días por vivir*. A partir de 1982, su producción se hace más visible e intensa: publica su primera novela, *El paredón* (1983), que fue finalista en el concurso "Biblioteca Breve"; apa-

rángel flamígero. Como saben que no pueden volver a ella, tratan de inventarse una o justificarse vanamente su pérdida; viven una vida monótona, se autoseñalan con coartadas, se replican sobre una existencia tramposa: cualquier cosa es mejor que admitir que ya se corrompieron, que ya los ronda la muerte. Fiel a esta visión ética de sus personajes, Martínez Moreno es también fiel a una técnica, a un concepto de la forma narrativa: la exploración de esas almas tramposas y de las galerías subterráneas donde se ocultan sus motivos, le impone un estilo lento, retorcido y diluante. A veces tan monótono que se sufre frío, a veces tan delirante que la glasa intelectual del relato excede sus mismas vivencias.

El arte de Martínez Moreno tiene, pues, sus virtudes y sus riesgos, y de ellos son buen ejem-

plare que su madre sienta para alojarla de su padre y de la amante de ésta, la perniciosa Rusia que abduce a la raptera) sigue ocurriendo, como un viejo film, ventilándose años después, frente al cadáver de la madre, pues ella es (lo piensa) "La Niña de treinta años". Cargado hábilmente las tintas, el autor ha logrado casi un grotesco: el retrato de la loca, insensata y prejuiciada madre, el paisaje que rodea el melodrama ("un río tranquilo pero siniestro, remanecido de luna, una gorila luna de luncho en un panel ardido"), la violeta de los padres divorciados ensoñándose con sus hijos en los patios de jugados, son imágenes que traspasan caricaturalmente un cierto juicio crítico. "La muñeca" es otro cuento de calidad literaria semejante al anterior. Narra (alternando la primera y la tercera persona) un episodio donde se estrechuran ambiguamente la inocencia y el crimen, la travestura y el hecho policial, la malicia infantil y la desencantada opinión de una profesora. Nuevamente, tenemos una confrontación del mundo adulto con el de la infancia que no ofrece una solución segura: los colegiales no saben que lo que encuentran en la playa es un feto, pero la profesora no puede admitir que ese cadáver dura siempre o que siquiera cambia.

Los otros relatos son menos convincentes. "El Simulacro" (típic, como señalamos, pertenece a una época anterior) se sitúa en una Argentina de la belle époque, con sus vividos amantes del falso gran mundo de los cafés, la política cruda y los negocios fáciles; juegan a la "palla" y jugando ese simulacro descubre la muerte, verdadera e indudable. El cuento parece más disfrutable para un lector rioplatense, que conoce bien las claves ambientales que el autor desaparece por el texto, y en todo caso de intención menor. "El prisionero" es brevisimo (apenas dos páginas) y se apoya en un solo efecto de sorpresa. "Las bebidas azules" aprovecha lateralmente (como "El prisionero" o "Adiós papá") la experiencia. Juega el autor, pero esta vez como una fuga hacia la fantasía y el humor sin mayores consecuencias. "Los Prados de la Conciencia" e "Ignorata" son los más ilustres fracasos, los más irrelevantes actos fallidos del libro. "Ignorata" es el relato del tormentoso y complicado viaje a Cuba que hace Raúl Salmantón bajo la apariencia de Gabriel María Sánchez, para borrar toda sospecha. Es el protagonista quien cuenta su historia, pero con su le comunique al cuento la tensión ni el dramatismo que necesita para ser creíble: las reflexiones de Salmantón son demasiado intelectuales, demasiado prestigiosas (Dreyfus, El Greco, Carpentier, son las imágenes que lo visitan) para la situación que las provoca; y el estilo se hace denso, se llena de pesadas volutas. En barroquismo excesivo y esa frialdad de ejecución se repiten en "Los Prados de la Conciencia". El autor es el narrador pero quiere acortarse su punto de vista: yo es él, una entidad hipotética ("momentáneamente llamémosle Pérez") que se inventa para contar el cuento. Esa perspectiva implacada burta la persona de un escritor latinoamericano que visita New York para asistir a una reunión literaria y que, en plena travestía turística, es asaltado por una paralizadora sensación de vacío: como el suicidio resulta tan falso como la vida, el escritor opta por una coartada, y escribe un cuento, por lo menos. Ahora bien, todo este tramado resulta tan artificial, tan cerebral y "literario", que el lector queda fácilmente fuera del juego. Se diría que el defecto básico radica en que el cuento está "sobre-escrito", innecesariamente subrayado en sus matices, obstruido por la uniformidad del estilo; al esfuerzo creador es tan evidente que no deja que la realidad circule por la historia. Irónicamente, el autor se hace el mismo ese reproche que pone en labios de su protagonista: "Oh Pérez, qué literario eres, serías así aún para morirte". Es una observación que puede llegar a ser decisiva en el quehacer creador de Carlos Martínez Moreno.

(E) Carlos Martínez Moreno: *Los Prados de la Conciencia*. Montevideo, AHA, 1988, 173 págs.

LOS TRAMPOSOS DE MARTÍNEZ MORENO

por José Miguel Oviedo

rece su mejor colección de cuentos, *Los aburridos* (1984), donde figura el estable relato homónimo que mereció el segundo premio del concurso "Léa en español"; y en 1987, otras dos novelas. Con las primeras bases y *La otra mitad*, aparecidas en Barcelona y México, respectivamente. Como puede apreciarse, estos últimos años mostraban a un Martínez Moreno ubicado en la nueva narrativa hispanoamericana más como novelista que como cuentista. Sin embargo, como ratificando que en él se concilian las dos posturas y que las alienta en su ejercicio de escritor, Martínez Moreno publica ahora un nuevo libro de cuentos, *Los Prados de la Conciencia* (II), que por muchas razones, por las contrastadas impresiones que su lectura suscita, resulta interesante examinar.

Una nota editorial del libro nos informa que de los ocho cuentos que forman el volumen, sólo (la excepción es "El simulacro") pertenece a su producción más reciente y, en ese sentido, son un testimonio muy coherente de las búsquedas que emprende ahora el autor. Pero no es eso (ni es sólo eso) lo que da al libro su evidente unidad, sino la insistida atención de cierta problemática y de cierta perspectiva narrativa ya muy delimitada. El mundo imaginario de Martínez Moreno es el mundo del desmoronamiento y la recordada frustración. Su punto de vista es moral: implacablemente, descubre que los seres humanos no se realizan en la edad adulta, sino que, por lo contrario, se convierten en vacíos monumentos de su inevitable fracaso; los años no les dan otra experiencia que no sea la de su cobardía, su clasificación sistemática. Cargados de culpas y resentimientos, los personajes de Martínez Moreno afirman secretamente su propia infancia, esa zona de inocencia de la que fueron expulsados como traidores por un

plio estos Prados de la Conciencia. Los ocho relatos están invariablemente contruidos — con gran rigor, con un cuidadoso equilibrio en todas sus partes, sin un ápice de concesiones narrativas: el lagrime del lector puede ser difícil pero, una vez dentro, palpamos una arquitectura de formas perfectas. Sin embargo, esa misma perfección no garantiza (casi diríamos: no deja) que todos los cuentos nos golpeen con la intensidad, la sensación verosímil de la vida que quisiera el autor, quizá porque él, previamente, se ha distanciado también de sus creaciones. "La Sirena" es, sin duda, el mejor cuento del libro; más aún: es un relato excelente, una narración de aviología. Paradójicamente, éste es el relato en que el autor ha querido permanecer más neutral y es el que ha terminado más comprometido: el chorro confesional, en primera persona de esa mujer (tan poco ridícula, un poco conmovedora) invade poderosamente todo el relato y diseña sin fuerza todo un destino, uno de los destinos típicos de Martínez Moreno. En su inocente pasado de cartón, en las festejadas alegorías de sirena y niña precat en las que reínd, la mujer concentra lo mejor (lo imposible) de una existencia que luego se arrastró (el crimen de su primo Tonín) y se hundió en la grieta ("mi marido no sabe nada de todo este asunto, y yo me siento como atado"). Al encarnar a La Sirena, la protagonista se olvidó de encerrar su propia vida. Quizá sin saberlo, ella misma se lo explica: "¿Por qué lo hacías, entonces?, preguntará usted. Bueno, no sé, pienso que por vanidad y por una veta de fantasía que está en Mamá mucho más que en Papá, una especie de deseo de cultivar en alguna orden de la vida, por loco que sea". Una mujer protagonista también el buen cuento "Adiós papá", una mujer que es como el fantasma de la niña que fue y cuyo trauma (el

28

Los tramposos de Martínez Moreno [artículo] José Miguel Oviedo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Oviedo, José Miguel, 1934-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1968

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los tramposos de Martínez Moreno [artículo] José Miguel Oviedo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile